

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
En Madrid.....		
En provincias.....		
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Raquel, por D. Julian Castellanos.—*A un Jazmin*, poesía, por doña Faustina Saez de Melgar.—Galería histórica, XVI: *La Monja Alferez*, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*Los Angeles*, poesía, por D. Ildefonso Llorente Fernandez.—*Baladas por D. Vicente Barrantes*, por D. A. Alcalde Valladares.—*María*, novela (continuacion), por doña Faustina Saez de Melgar.—Revista de teatros, por D. Leandro A. Herrero.—Explicacion del figurin.—Variedades.
Pliego noveno de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

RAQUEL.

I.

Era una de esas noches serenas en que la luna muestra su pálida frente llena de amor, de melancolía.

El cielo puro, diáfano, se encontraba tachonado de relucientes estrellas.

En alas de la brisa perfumada con el aroma de

los floridos cigarrales que sirven de alfombra á Toledo, llegaba hasta los oídos de los habitantes de la Alcaña ó barrio de los judíos el monótono son que producen las aguas del Tajo al descender, formando vistosas cascadas de las presas ó azudes.

En la esquina de una casa, cuya fachada principal da á una pequeña plazoleta, y cuyo costado derecho se pierde en una oscura y súa callejuela sin salida, á la cual da un postigo del jardín, se encuentra un caballero envuelto en un rojo tabardo, punteando admirablemente una vihuela, acompañado de la cual dió al viento una sentida trova.

Los últimos acentos de su canto se perdían, cuando una luz brilló en una de las ventanas de la casa, y desapareció al instante.

Aquello era una seña: así lo comprendió el apasionado galán, y no acertaba á darse cuenta de tan extraño fenómeno, cuando vió destacarse de la sombra otro embozado que se dirigía resueltamente á penetrar en la calleja.

Su imaginacion abrazó entonces el misterio: aquella seña no habia sido en contestacion á su trova; otro hombre más venturoso que él recibía los

favores de la mujer por quien suspiraba, y la cual, á pesar de su constancia y su amor, se le mostraba cada vez más esquiva.

Un infierno de celos sintió arder en su pecho, y lanzándose en medio de la calleja con el acero desnudo, gritó con voz colérica al que avanzaba: ¡atrás!

Pero el que venia no era hombre á quien arrebataban los obstáculos, y sin pronunciar una palabra mostró en su diestra la hoja de su espada.

Los aceros se cruzaron, y á los pocos pases el arma del trovador volaba al impulso de uno de los quites de su adversario, que, aprovechando aquella circunstancia, atravesó rápidamente la calleja, perdiéndose por el postigo del jardín.

El cantor quedó vencido y burlado: la rabia y el despecho le ahogaban, y resuelto á no dejar sin venganza aquel ultraje, partió de aquel sitio, volviendo al poco rato acompañado de cinco embozados, á quienes colocó en acecho escondidos en la sombra.

Después de esto reclinóse de nuevo en la esquina, donde acostumbraba á cantar sus trovas.

Un mar de confusos pensamientos se agolpaba á su mente.

¿Quién era aquella mujer á quien él había visto una vez tan solo en unas fiestas, acompañada de un anciano hebreo, y hasta quien, á pesar de su oro y de su audacia, no había conseguido abrirse paso?

¿Quién era aquel hombre venturoso que le robaba el amor de aquella mujer, y que le hacía saltar la espada de la mano, á él que era tenido por uno de los mejores paladines de Castilla?

Pero dejemos al vencido devanándose los sesos por penetrar aquel misterio, y sigamos al vencedor.

II.

Después de atrancar el postigo atravesó el jardín, repasó una galería, y aventurándose por una oscura y angosta escalera, se encontró al poco tiempo en un pequeño gabinete adornado con todo el gusto y toda la magnificencia oriental.

Al aparecer en la estancia, una jóven deslumbrante de hermosura se colgó á su cuello con los ojos arrasados de lágrimas.

—¿Vienes herido, Alfonso? exclamó con un acento angustioso.

—No, Raquel mía.

—¡Oh! ¡Cuánto he sufrido al escucharos reñir!

—No ha sido nada, Raquel; ese pobre trovador

que se pasa las noches al pie de tu reja, y que celoso al verme penetrar en la calle trató de detener mi paso...

—¿Y qué ha sucedido?

—Nada, le desarme, y ganando el postigo del jardín, le dejé celoso y burlado.

—Pero olvidemos ese incidente, y hablemos de nuestro amor.

Y diciendo así el caballero, arrastró blandamente á la jóven hasta un diván de grana adornado con colores arabescos, y sentándose, ciñó con su brazo derecho la reducida cintura de la bella.

—¡Cuánto te amo, Raquel! ¡Qué hermosa eres! Tu frente es tersa y pura cual el bruñido nácar.

Los rizados y sedosos bucles de tus cabellos son oscuros como la noche.

Tus ojos rasgados y ardientes son negros como mi suerte.

Tu aliento es puro como el aroma de las flores, blando como el céfiro que agita en la pradera el tornasolado lirio.

Tu voz es más suave que el murmullo del plácido arroyuelo que serpea entre chinás.

Más dulce que el canto de las sirenas.

Más sonora que la del enamorado ruiseñor que, oculto en la enramada, canta sus querellas al espi-rante día.

Tu cintura es más flexible que el aéreo tronco de la palmera que crece en el Desierto.

Por eso te amo tanto, que sin tí, la vida me sería insostenible.

—¡Ay, Alfonso! Tus palabras derraman en mi corazón un torrente inmenso de felicidad, de dicha.

Yo también te amo con toda la fuerza de mi alma porque tu amor es mi vida, mi ventura.

Te amo, Alfonso, como el ciego á la luz, las flores al rocío, el ave al espacio donde agita sus rizadas plumas, y más que la cariñosa tortolilla ama á sus hijuelos.

¡Por eso sufro tanto con tu ausencia! Por eso cuando pasa un día sin verte, el llanto escalda mis mejillas, y mi corazón, presa de horribles presentimientos, se muere de pena.

Porque no sabes ¡Alfonso! Cuando estoy sola tengo miedo, miedo de no volverte á ver, y celos por si otra más dichosa me arrebatara tu cariño.

—Aleja esos vanos temores, Raquel mía.

Aunque mi imperioso deber me aleje de tí, tu imagen va grabada con caracteres indelebles en mi

corazon, y jamás podré olvidarte, yo te lo juro.

—Tus palabras me consuelan, Alfonso; ¡qué necia soy en abrigar tan tristes presentimientos! Tú no te separarás de mi lado, ¿no es verdad?

—Te engañas, hermosa...

—¿Qué dices, Alfonso?...

—Que mi honor como caballero y mi deber como monarca me llaman lejos de aquí, y parto de Toledo en cuanto el día despunte.

—¡Oh Dios mío!...

—Escucha, Raquel: el Miramamolín, Abenjuzef Macomuto, al frente de un poderoso ejército, avanza ansioso de conquistas, talando mis tierras.

Su vanguardia ha repasado ya Sierra-Morena, y la voz del honor y del deber me llama á que corra á oponerme á su arrogante paso.

Por eso, al frente de mi hueste, saldré apenas alumbra el alba, resuelto á humillar la altivez de esos infieles.

La joven, al escuchar las palabras del monarca, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar amargamente.

—No llores, Raquel; tus lágrimas caen sobre mi corazon como una lluvia de plomo candente, y temo que el amor que siento por tí me haga desoir la voz de mis pueblos que me llaman en su defensa.

—Es verdad, Alfonso, debes partir, no quiero ser la causa de la responsabilidad que contraerías para con tus vasallos, si por mi amor te olvidases de tu deber.

Parte; que yo, aunque sienta morir de pena en tu ausencia, me consolaré con tu recuerdo y con la confianza de que fuiste á cumplir tu mision como monarca.

—Sí, Raquel; mi ausencia será lo más corta posible; la noche va ya declinando, y no quiero hacer esperar á mi hueste.

—Adios, Raquel de mi vida.

—Adios, Alfonso mío.

El caballero imprimió un ósculo de amor en los labios purpurinos de la hebrea, y salió de la estancia apresuradamente.

La joven cayó en el diván anegada en llanto.

III.

Apenas puso los piés en la calleja D. Alfonso, cuando el celoso trovador, que, como ya dijimos, se quedó esperando resuelto á vengar la anterior afrenta, se lanzó á su encuentro.

—Imprudente andais, le dijo el monarca, parando su acometida; pero por Dios os juro que, si no dejais pronto franco el paso, no os trataré con la consideracion que antes; y diciendo así cerró con tanto brio, que el trovador empezó á cejar; entonces los embozados que se encontraban ocultos, se arrojaron sobre D. Alfonso.

Su corazon no desmayó con aquel contratiempo.

Su acero, cual un relámpago, acometia y paraba encontrándose en todos lados; pero su esfuerzo era inútil, el número iba venciendo el valor, y el monarca, estrechado por sus contrarios, cejaba defendiéndose desesperadamente.

Los acometedores, comprendiendo que solo les faltaba el último esfuerzo para terminar, trataron de hacerle; pero al tenderse á fondo, el embozo que cubria el rostro del monarca, cayó á impulso de una estocada.

—¡El Rey! exclamaron todos rindiendo los aceros y doblando la rodilla.

—Yo soy, sí, señor de Haro, dijo D. Alfonso con acento severo, dirigiéndose al que hemos conocido como trovador: yo soy, que tengo el disgusto de ver que uno de los caballeros que blasona de más bravo, despues de habérsele escapado el acero de la mano como á un tímido pajecillo, comete la villanía de apostar gente de su casa, para vengarse del hombre que generosamente le perdonó la vida despues de desarmarle.

—Señor.....

—Sellad el lábio: hoy, en cuanto el día despunte, partiremos en contra de ese orgulloso africano que tala nuestras tierras, y allí espero que laveis la mancha que hoy arrojasteis sobre los timbres de vuestros mayores.

El Rey, al acabar aquellas frases, se rebujó en su capa, y sin permitir que ninguno le acompañase, partió con direccion al alcázar.

—Orgulloso monarca, yo te haré comprender que no se humilla de la manera que lo has hecho á un noble castellano, dijo D. Diego de Haro ardiendo en ira, y seguido de los suyos, abandonó el sitio donde dejaba enterrado su amor y su renombre.

IV.

Mostraba apenas la aurora en el cielo sus primeros fulgores, cuando D. Alfonso, al frente de sus lucidos tercios, partia para Toledo.

D. Diego de Haro le seguía, sustentando en su diestra el pendon de Castilla.

Después de algunos días de marcha, el ejército cristiano se encontró á la hueste contraria en Alarcos, y el combate se trabó con igual ardor por ambas partes.

Pero en lo más recio de la contienda, cuando el genio de la victoria cernía indeciso sus alas sobre los competidores, el de Haro, resuelto á vengarse de la humillación recibida, huyó con su mesnada, sembrando el desorden en las filas de los cristianos.

Entonces fueron estos rotos y dispersos, y don Alfonso pudo salvarse, aunque herido, merced á la ligereza de su caballo.

V.

Al saberse en Toledo la triste nueva de aquella derrota, un clamor de indignación se alzó contra aquella mujer, en cuyos brazos se adormecía el monarca, y á quien el vulgo fanático designaba como la causa de sus males. Decíase que la pérdida de la batalla había sido un castigo que la Providencia imponía al rey por sus ilícitos amores con la hebrea.

El pueblo, furioso con esta creencia, invadió la Alcaña guiado por un encubierto que discurría entre los grupos, persuadiendo á unos con sus palabras, y alentando á otros con su ejemplo.

La tempestad estalló por fin, y la casa de la judía fué asaltada por las turbas.

Poco después la pintada vidriera de un ajimez se abrió, y el cadáver sangriento y destrozado de Raquel fué lanzado en medio de aquella multitud rugiente, que, dejando entregada al fuego la casa, abandonó la calle arrastrando á su víctima.

Entonces el instigador del movimiento, que no era otro que el de Haro, se separó de aquella turba de energúmenos, diciendo:

—Rey Alfonso, la hermosa paloma de los valles no arrullará más tu sueño de amor: mi venganza está cumplida.

JULIAN CASTELLANOS.

Á UN JAZMIN.

Blanco jazmin hechicero,
De aroma puro y fragante,
Que ayer te cogí brillante
Y hoy te miro sin color;

¿Por qué tus hojas tan bellas
Mústias y abatidas yacen,
Por qué á impulsos se deshacen
De un hálito abrasador?

¿Será quizás que en la vida
Asemejas las pasiones,
Que llenan los corazones
Acaso un día no más;

Y luego la negra mano,
Del desengaño inclemente
Las va borrando audazmente
Para no volver jamás?

¡Ah! no: imposible, flor mía:
Tú significas que el alma
De pura y tranquila calma
No siente ingrata pasión.

Si un desencanto la hiere
En su fibra más querida,
Deja morir estinguida
La fé de su corazón;

Pero siempre en su locura
Guarda el aroma bendito,
Que, cual tú, mústio y marchito,
Aun conservas con primor.

Y es de la vida el encanto
Esa esencia embriagadora:
Es ¡ay! la luz que colora
Las ilusiones de amor.

Ó seras triste recuerdo
De pérdida bienandanza,
Ó dulcísima esperanza
De una dicha celestial.

Esperanza que sonríe
En el mar del sentimiento,
Ó hermoso presentimiento
De una ventura ideal.

En tus hojas nacaradas
Y en tu cáliz aromado,
Quizá se encuentre encerrado
De un alma el místico bien.

Y cual emblema inefable
De encantadoras ideas,
Tú el tabernáculo seas
De su misterioso Eden.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Valencia 27 de Agosto de 1864.

GALERÍA HISTÓRICA.

XVI.

LA MONJA ALFEREZ.

Allá por los años de mil quinientos..., cuando los Felipes de Austria ceñían la corona de España, en aquellos tiempos de guerras y de hazañas, en los cuales nuestra patria era siempre la primera, bien se tratase de alcanzar una victoria, de conquistar un pueblo ó de asombrar con un ingenio, aumentando el catálogo de aventuras singulares y de sucesos extraños, aparece en el palenque de la historia popular un personaje, que, amen de ofrecer de por sí ancho campo á la admiracion y estudio, proporcionó cosecha no pequeña de ganancias, no solo á los vulgares cantores de plazuela, sino tambien á alguno de nuestros más reputados autores del teatro antiguo.

Este personaje es una mujer.

Doña Catalina de Erauso nació en San Sebastian el año de 1585: hija de D. Manuel Erauso y doña María Perez, desde muy niña comenzó á dar pruebas de un carácter extraordinario y una fuerza de voluntad inconcebible.

Destinada á profesar en un convento de dominicas de su país natal, pronto hizo comprender el muy diferente camino á que sus inclinaciones la arrastraban.

Catalina contaba quince años y era la época destinada para su profesion; entonces es cuando, dando suelta á su imaginacion exaltada, y con una osadía que asombra, aprovechó un instante favorable, escapó del cláustro, y hé aquí que da comienzo una serie de maravillosas aventuras.

Refugiada en Madrid, y á través de un traje varonil, entró en calidad de paje á servir al duque de Uceda; mas, cansada con la quietud de aquella vida, abandonó presto su primer empleo, y Catalina sentó plaza de soldado en los famosos tercios de Flandes.

Carácter de hierro, decisión heroica, valor á toda

prueba, tales son las cualidades que la disfrazada amazona, desconocida de todos, despliega en la carrera de las armas.

Un dia, por cuestiones de juego, un sargento veterano quiso burlarse de Catalina, juzgándole un bisoño imberbe; nuestra jóven se hallaba poco decidida á sufrir insultos; de las palabras pasan á los hechos, y por resultado de aquella contienda el fiero sargento cae atravesado por una feroz estocada de su adversaria, que huye, y abandonando sus banderas busca un refugio en Lima.

En esta ciudad, y ansiosa de hallar una colocacion que su espiritu intranquilo rechazaba, entró en clase de criado á servir á un rico mercader de sedas y platerías llamado Martin Senao: Catalina habia de probar toda clase de aventuras, y en su intrépida carrera fijó los ojos en la tímida Mencía, linda hija de su amo, que, á su vez, prendada de la donosura de aquella que juzgaba gentil mancebo, escuchó complacida las ternezas de su atrevido paje, dando comienzo unas relaciones amorosas solo comprensibles en el carácter novelesco y extraordinario de Catalina. El padre, comprendiendo el caso, y más asustado en verdad que debiera, arrojó de su lado al aparente galán, y la fogosa española, cambiando su nombre de Carlos Val por el de Alonso Diaz, tornó á sentar plaza en el ejército español que, á la sazón, arrollaba vencedor las campañas de Italia.

Hagan aqui mis lectoras un paréntesis prolongado, y llénenlo de lances romancescos, desafíos, aventuras amorosas; vean siempre á nuestra heroína como protagonista en mil pendencias, apaleadora de ministriles, cuchilla de rufianes y orgullo de jugadores; tan presto en Valladolid como en Granada, en Bruselas como en Nápoles, y por fin, nuevo D. Juan Tenorio femenino, sin temer nada ni acobardarse por nadie, haciendo el mismo caso de una persecucion de alguaciles que de un exhorto arzobispal, burlándose de todos y atropellando por todo, sin dar el más leve indicio de que en aquel pecho intrépido se abrigaba un alma de mujer, y ahogando todos los dulces instintos de su sexo con los más exagerados arranques varoniles, en Méjico y en 1560, despues de un corto pero decisivo arrepentimiento, buscando el amparo de la soledad, olvidando su pasado en la oracion, Catalina de Erauso dió al Creador su alma, y aquel corazon inquieto y febril dejó de latir.

Oscura nos presentan las crónicas la vida de tan célebre aventurera; poco hemos podido apuntar en

esta breve reseña biográfica, pero la originalidad del tipo y su nombradía, un tiempo fabulosa, han hecho que hoy diésemos cabida en nuestra *Galería* á la amazona española.

Juan Perez de Montalvan, ese sublime loco, discípulo del gran Lope y vivo rayo de sus luces deslumbrantes, dedicó una de sus más desconocidas comedias á nuestra heroína; Montalvan, como todo lo que escribía, si bien con visible desaliento literario, trazó con ricos matices de poesía la singular creacion dramática, intitulada *La Monja alférez*.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

Á LOS ÁNGELES.

Plegaria.

Vosotros, que con alas
De inmensa fé, magnífica,
Hendís las bellas galas
De la celeste luz,
Llevad la mente mia con religioso vuelo
Del bien á las regiones, do glorias para el suelo
Module mi laud.

Vosotros, que brillantes,
Angélicos espíritus,
Con himnos incesantes
Cantaís virtud y fé,
Prestadme la armonía de vuestra lira de oro,
Con que decís sublimes: ¡Señor! ¡Señor, te adoro!
Y así yo cantaré.

¡Ah! siento el alma henchida
De misterioso júbilo:
La idea enardecida
Del númen al calor.
Dejadme alzar un canto de inspiracion profunda,
Que vierta los raudales, con que á la mente inunda
De glorias el amor!

Yo, pobre florecilla
De los desiertos lúgubres,
A la que el viento humilla
De triste soledad,
Anhelo me trasplanten del génio al áurea loma,
Y en los humanos valles verter el dulce aroma
De vívida verdad.

Yo quiero con amores
Alzar á Dios un cántico,
Y en versos brilladores
Sus glorias bendecir;
Inspiracion, que á goces de eternidad encumbre;
Idea inmaculada, sin límites, que alumbre
Los vuelos del vivir.

¡Ah! dadme los acentos
De vuestros himnos, ángeles,
Y cantaré portentos
Con prepotente son;
Y cuando vuestros coros ¡Oh Santo! Santo! Santo!
Á Dios digan, loores levantará mi canto
Para Él de la creacion!

Los orbes resplandecen
Al soplo de su espíritu;
Le adoran y enmudecen
Los siglos á sus piés;
Al eco de su nombre la ciencia audaz se humilla;
La inmensidad es trono do su mirada brilla;
Su manto la luz es!

Llevad, ángeles puros,
Mi mente hasta EL MAGNÍFICO!
Del padecer los muros
Abátanse ante mí.
Que surja el pensamiento de paz á los fulgores,
Y al númen indomable destellos creadores
Alentarán allí.

Y si nn día en el mundo
Poeta de alma férvida,
Un cántico fecundo
Con brio quiero alzar,
Vosotros á la mente dareis inspiraciones,
Y espíritu radiante, de libres concepciones
El bien haré brotar.

Yo siento desde el alma
Surgir aliento vívido,
Para triunfante palma
Ceñir sobre la sien.
¡Quién sabe si al sepulcro caerá triste mi nombre!
¡Quién sabe si con vuelo, tan rápido, que asombre,
Subir podré al Eden!

¡Quién sabe!... Va la vida

Por la pendiente rápida
De la inquietud, perdida
De duda en la region!...
Haced que la corona, que sueño y me fascina,
No guarde, ángeles puros, oculta negra espina,
Que hiera el corazón!

ILDEFONSO LLORENTE FERNANDEZ.

BALADAS

POR

D. VICENTE BARRANTES.

SEGUNDA EDICION.

«Este libro es un adiós á la poesía, y nada más: decia el poeta hace doce años en el prólogo de las *Baladas*, y, sin embargo, ha vuelto á darnos otro adiós, que creemos no será tampoco el último.

Tal vez Barrantes, al estampar ligeramente esas palabras, no contó con el vuelo de su imaginación. Despedirse verdaderamente de la poesía no es fácil obra en el que nace poeta. Pues qué, ¿puede decirse á la imaginación ardiente y apasionada lo que Dios dijo al Océano: de aquí no pasarás?

Y decimos esto, porque al lanzar el autor al mundo de la crítica la segunda edición de su libro, nos lo presenta revestido de nuevas galas y encantos.

No es un libro que viene de nuevo á la sombra lucrativa de un editor.

Es una flor que vuelve en la primavera llena de colores y perfumes, guardando en su hermoso cáliz un mar de sentimientos y ternuras.

Verdad es que algunas de estas flores han nacido en otros países; pero de seguro han ganado en manos del nuevo horticultor, que ha sabido trasplantarlas, cultivarlas y aclimatarlas en nuestro suelo; trabajo impropio para el que las conocía en una forma y un color, y ahora las encuentra totalmente variadas.

Cuando esas tribus, que llamamos bárbaros del Norte, cayeron como un torrente asolador sobre la vieja Europa, y clavaron en medio de su seno las ruedas de su carro triunfal, los pueblos buscaron un consuelo en sus historias, y cada cual adoptó la clase de poesía que más relaciones tenía con su carácter y su sociedad. Los españoles, imitando á los árabes, cantaron sus tradiciones; Francia tuvo sus trovadores; Italia buscó sus modelos en Grecia, y Alema-

nia é Inglaterra siguieron el rumbo de los trovadores de Francia.

Esta es la razón por que caminando á impulso de un mismo sentimiento estos pueblos, han dado aliento sus corazones, derramando en esos torrentes de tiernas melodías sus almas desechas en lágrimas y suspiros.

Alemania, el país de los pensadores, ha sido, podemos decir, la cuna verdadera de estos sentidos poemas.

Allí Schiller, Uhlard, Goëthe, Kerner y otros escritores han derramado el sentimiento y la filosofía en esas delicadas concepciones.

Victor Hugo, ese gigante de la poesía, imitando á los antiguos trovadores, ha hecho saltar los destellos de su poderosa imaginación por encima de los Alpes y de los Pirineos.

Byron y Walter-Scot han arrojado al otro lado de los mares los brillantes rasgos de sus esplendorosas fantasías.

¿Y por qué nosotros, donde la poesía y el sentimiento se ciernen como se cierne el aroma de las flores sobre las frentes de nuestras hermosas, no habíamos de intentar llevar nuestra imaginación por ese difícil y escabroso sendero casi desconocido?

¿Y puede culparse al escritor que, al querer aclimatar una flor preciosa, busque la primer semilla en el país donde aquella se cria?

Barrantes, impelido por su amor propio, y con una abnegación de que hay pocos ejemplos en esta época de general *merodeo*, no ha querido apropiarse ni el más leve pensamiento, y cita los modelos que le han servido para imitar varias de sus lindas concepciones. Y cuidado que algunas *baladas* que coloca fuera de las originales, apenas habria quien las hallase la menor semejanza con sus primitivas fuentes.

Nosotros elogiamos, sin embargo, la sinceridad de Barrantes: poeta que concibe y desarrolla pensamientos, como los que brillan en *Santa Isabel* y *Murillo*, *El ciprés del Buen Retiro*, *La misma conciencia acusa*, *El alma en vela*, *Ritja*, *El paje de lanza*, *El bautismo*, y otras muchas, bien pueden crear una reputación, y hacer correr orgulloso el campo de nuestras letras sembrado de verdes laureles al que ha sabido llegar hasta él con sus creaciones, por más que, como dice modestamente, haya «pedido á las literaturas extranjeras de prestado una fórmula y un género.»

Ya hemos dicho que él pidió la primera semilla:

pero la planta es suya y los sazonados frutos que ha dado le pertenecen.

Barrantes ha sabido hermanar el sentimiento de Vigny, la ternura de Victor Hugo, la imaginación de Byron, la valentía de Beranger, dándole á todo este escogido cuadro de sublimes ideas un tinte de melancolía que se apodera de nuestra alma y la hace vibrar como las cuerdas de una lira, llegando, por último, hasta la delicadeza del arte, que, como dice Schelling, es la más alta manifestación del espíritu.

Doce años han transcurrido desde que el autor se adormeció por primera vez á los aplausos del público, tiempo demasiado largo, que él mismo no sabe cómo ha pasado, «ni aun volviendo los ojos al libro de su vida, lleno de páginas tristes, de borrascas y naufragios.»

Nadie como nosotros comprende parte de estos infortunios y algunas páginas de la historia de sus desgracias, pues hemos pasado noches y días á la cabecera de su lecho consolándole en sus dolores y prestándole alivio en sus penas.

Como dice su íntimo amigo Eguilaz, cuantas veces

Ibamos por la ribera

Del fresco Guadalquivir

contemplando aquel cielo purísimo, aquellas flores perfumadas y aquellas serenas brisas que, en medio de su quebranto, le arrancaban lágrimas de contento y acaso le hacían exclamar:

Que otro mayo es aquel mayo
de aquella tierra divina.

Desde entonces acá su libro ha sufrido una transformación notable; muchas de las *baladas* de la primera edición han sido reformadas ó refundidas, encontrando en esta segunda muchas nuevas que no ceden en mérito á aquellas.

El paje de lanza es una de las *baladas* más sentimentales é interesantes que hemos oído, sobrándole razón cuando dice que

Para el amor no hay villanos
Ni señores,

parecido á lo que dice Ruiz de Alarcón en su comedia, *El burlador de Sevilla*:

Que amor es rey
Que iguala con justa ley
La seda con el sayal.

Reconvenciones y *La judía castellana* son dos cuadros llenos de ternura, resaltando en la segunda bonitos pensamientos entre su sabor histórico.

La campana vengativa es sencillísima; pero vislumbrándose en ella un fondo filosófico que se da la mano con el de *La casa de todos*, sin embargo que la idea es completamente distinta.

¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey! es una *balada* lindísima, que acaso tenga de filosófica más que de satírica, trayéndonos á la memoria la comedia *Muértele y verás* de nuestro Breton, que en medio de su salática encierra una lección de filosofía.

El bautismo es un cuadro del principio de la Iglesia cristiana lleno de verdad y filosofía, y rebosando sentimiento. Es acaso también una de las más acabadas, tanto por su pensamiento, como por su fluida y galana versificación.

Historia universal encierra una idea bastante dramática, si bien no tan original como la de *¡Pan!* donde exclama con amargo desencanto, pero desgraciadamente con verdad:

¿No mirais

Á esos miles de mujeres,

¡Tristes séres!

Que acaso á venderse van

por un pan?

gloria de la iniciativa además de la del talento.

Lo repetimos. Barrantes ha hecho un gran servicio á las letras españolas con la publicación de sus *baladas*: ha abierto una nueva senda por la que, bien casualmente ó bien de intento, le han seguido muchos de nuestros jóvenes escritores, contándose entre sus más felices imitadores poetas de la inspiración y galanura de Carlos Rubio y de la valentía del autor de *La Campana de la Almudaina*.

Quisiéramos citar todo lo bueno que encierran las *baladas* de Barrantes; pero como ha dicho un malogrado escritor, entonces sería preciso hacerlo de casi todo el libro.

Creemos que las tormentas y azares de su vida no marchitarán las flores de su imaginación, que tan frescas y lozanas aparecen después de su adiós á la poesía.

Barrantes es joven, y no debe arredrarse ante las penas y la desgracia que han empañado el cielo de su pasado. Ha dado muestras de fe y entusiasmo, y hoy acaso que la calma y el bienestar se ciernen sobre sus hogares, no debe desmayar en su carrera, sino seguir por esa senda, donde recogerá laureles para su frente y gloria para el porvenir.

A. ALCALDE VALLADARES.

MARÍA.

NOVELA ORIGINAL.

DEDICADA

Á LA SEÑORA DOÑA MARIA ODIAGA DE LLUCH.

(Continuacion.)

—¿Y si ella tuviese el gusto tan depravado que te prefiriese á mí?

—¿Eso crees?

—En este momento, Lucas, creo cualquier cosa, porque estoy desesperado.

—¿Tanto la amas?

—Hace mucho tiempo que la hablo de mi amor, y jamás puedo conseguir una palabra de esperanza; pero si no te ama á ti, si nadie posee su corazón, al fin y al cabo será mía.

—Y ¿cuáles son tus intenciones, si ella te correspondiese?

—Phs. ¿Cuáles han de ser? ¿No lo adivinas?

—¡Infame! Y ¿tendrías valor?...

—De sobra.

—Calla, que me horrorizas; tal descaro me llena de indignación; y desde ahora te prometo, por quien soy, que jamás caerá María en tus perversas redes.

—¿Quién lo impedirá?

—Yo.

—¿Con la joroba?

Dijo estas palabras en tono de burla, y D. Lucas, á tal insulto se puso pálido de ira; sus brillantes ojos chispeaban; apenas podía contener su indignación, y con voz convulsa dijo:

—Eres el hombre más perverso que he conocido, y cree...

—Señores, doña Narcisa está muy mala, dijo María desde la puerta.

—¡Mi madre! exclamó D. Lucas, y siguió á la joven.

Encontraron á la noble señora en brazos de una criada con un accidente de perlesia, en un estado lastimoso. María la prodigaba los cuidados más tiernos; la pusieron en la cama, y no se apartó de su lado ni un momento. Una hija propia no hubiera podido tener más esmero en asistirle ni más solicitud. Los dos hermanos la acompañaban algunos ratos por la noche á velar á la enferma, y D. Luis no cesaba de hablarla de su amor; pero la hermosa joven se acercaba á la cabecera de la cama, y, sin responderle pa-

labra, le señalaba á la enferma, y ponía el dedo en su boca en señal de que callara. D. Lucas, por el contrario, devoraba en silencio sus lágrimas, y la profunda pasión que le inspiraba María, despedazando su corazón, le hacía sufrir cruelmente; sin embargo, tenía valor para callar, y solo dirigía á la joven palabras atentas y respetuosas. Quince días pasó doña Narcisa enferma, y una noche que ofrecía algun cuidado, por estar más de peligro, estaba D. Lucas y María al lado de la cama, sin moverse, con sus ojos fijos en el semblante de la enferma y sin atreverse á respirar.

—Parece que se duerme, dijo María en voz baja.

—No; es la calentura, la respondió el jorobado; tiene una respiración muy agitada.

La puerta de la alcoba se abrió, y dió paso á don Luis que se acercó á la cama, y preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Parece que descansa un poco, le respondió su hermano.

Doña Narcisa abrió en esto los ojos, y con voz débil llamó á María.

—Aquí estoy, señora, ¿cómo se encuentra V.?

—Mejor, hija mía, mejor. Acércate á mí, que yo pueda tener tus manos entre las mías, y vosotros también, hijos míos, escuchad lo que os voy á decir, porque serán mis últimas palabras.

La debilidad era tanta que no pudo proseguir, y se detuvo para tomar aliento. Los tres jóvenes rodeaban su cama, y la rogaron que descansara un poco, y después hablaría; mas ya que estuvo un tanto repuesta, prosiguió con voz débil:

—Hijos míos, en este momento supremo en que una madre moribunda va á interrogaros, ¿me prometéis decir la verdad?

—¿Pero á qué viene esto, madre mía? dijo don Luis.

—¿Me dais vuestra palabra? continuó la enferma.

—Sí, señora, dijeron los dos.

—¿Y tú, María, no me dirás la historia de tu vida y de tu familia? porque al tratar de asegurar tu suerte necesito saber...

—Todo lo sabrá V., mi amada bienhechora, la dijo la joven interrumpiéndola. Es muy sencilla, y ya la hubiera contado, á habérmelo permitido ustedes.

—Porque estabas enferma, y no era caso que te afectara hablar de tu desgracia.

—¿Pero qué bien me siento! parece que estoy me-

gor. Levántame, hija mia, y sentada podré hablar con más comodidad.

Así lo hicieron, y despues de tomar una de las bebidas preparadas, dijo:

—Vamos, María, ya te escucho.

—Era mi padre músico y vivía en Barcelona, de donde somos naturales; allí casó con una jóven pobre, pero muy virtuosa, y de una singular hermosura. Ocho ó diez años vivieron muy felices, en los que tuvieron cuatro hijos; yo fui la primera, y los otros tres murieron de muy corta edad, siendo estos los únicos disgustos que tuvieron hasta que la fortuna se cansó de protegerlos. Un día que mi padre estaba fuera de casa, salimos á unas compras que teníamos que hacer, y en el camino encontramos á un caballero que empezó á requerir de amores á mi madre. Ella no le escuchaba, y acelerábamos el paso; pero él, con una tenacidad increíble, nos seguía, y continuaba haciendo á mi madre ofrecimientos y diciéndo mil tonterías, de que yo ahora no recuerdo. Nos entramos en casa, y él todos los días estaba en la calle, y no cesaba de importunar con cartas y recados, tanto, que un día llegó mi padre á tiempo que le daba una á una muchacha que teníamos en casa, de corta edad. En el billete solo se quejaba de su crueldad y sus desdenes, y le rogaba le concediese una entrevista.

Mi padre, furioso, se dirigió á él, que ya se había marchado, le alcanzó al extremo de la calle, y tirándole el billete á la cara, le pegó una tremenda bofetada. Y no sé lo que allí tendrían más; pero mi padre vino á mi casa taciturno y de mal humor: al otro día salió muy temprano, y volvió, serian las ocho, con un brazo herido. Nos dijo que había matado al galanteador de mi madre, y que era preciso huir inmediatamente. Á pesar de su estado, no quiso detenerse ni un momento, y reeogiéndo lo poco que poseíamos, nos vinimos á Madrid. Los primeros días de nuestra llegada fueron muy tristes, no conocíamos á nadie, y solamente mi madre tenía una prima que casó con un señor muy rico, pero no sabíamos dónde vivía y si estaría en la corte. De manera que nos vimos en la mayor indigencia, habitando una buhardilla miserable, manteniéndonos de lo poco que ganaba mi madre á coser, pues una vecina la proporcionó trabajo de una tienda, y mi padre no podía trabajar porque se le quedó el brazo imperfecto. En este tiempo nació Adolfo, y mi madre murió un año despues, habiendo estado cinco meses enferma, con

lo que acabamos de arruinarnos. Mi padre, aunque mal y con mucho trabajo, iba á los cafés á tocar, bien el arpa ó el violin, y sacaba algunos cuartos, que, unido á lo poco que yo ganaba á coser, pudimos ir saliendo adelante. La tristeza de este padre infeliz por la muerte de una esposa tan buena y virtuosa fué inmensa, y no bastaban á desvanecerla las caricias de mi hermano, ni mis palabras de consuelo y resignacion. Adolfo, que le acompañaba á todas partes, subió un día muy acelerado á decirme que se había caído mi padre en la escalera, y le encontré con un accidente de perlesia. Dos años ha estado enfermo, y yo pude mantenerle con mi trabajo cosiendo de día y de noche, hasta que la tienda donde me daban labor desgraciadamente se cerró, y entonces me vi sin un pedazo de pan que poder ofrecer á mis desgraciados padre y hermano. Me resolví á pedir una limosna, y el cielo, que nunca desampara al infeliz, me dió en Vd. una bienhechora que me proteja y ampare. Esta es, señora, mi historia.

—Pero no cuenta los sacrificios que ha hecho por salvar á su padre del hambre, dijo el jorobado. No cuenta, madre mia, su conducta generosa, y cómo vendió sus hermosas trenzas por satisfacer un capricho de su enfermo padre. Ni cuando vino á devolver la cartera que yo perdí, que podía haberla sacado de la miseria, y cómo ha rechazado con noble dignidad los lazos de la seducción ..

La exaltacion del noble jorobado iba en aumento, y en sus rasgados ojos brillaba la espresion del amor más puro que haya sentido hombre. Hubiera continuado enumerando las virtudes de María; pero esta, poniéndole su mano en la boca, le dijo:

—¡Oh, por Dios, calle Vd.! que no merezco estas alabanzas.

—Si las mereces, hija mia, replicó doña Narcisca; pero no necesito que las digas, bien las conozco yo; pero, dime, ¿cómo se llamaban tus padres?

—Mi madre Claudia Rinét y mi padre Carlos Pirnou.

—Y la prima de tu madre, ¿qué noticias tienes de ella?

—Solo sé que era muy pobre, pero muy virtuosa y bella, no tenía padre y habitaba con su anciana madre en la misma casa donde fué á hospedarse un médico muy célebre por aquellos tiempos, y que hizo curas maravillosas; este caballero se enamoró de ella y se casó, viniéndose á Madrid con su madre, y no han vuelto más á Barcelona.

—¿Y se llamaba Narcisa, hija mía?

—Sí, señora, ¿cómo sabe Vd.?...

—Lo sé, querida; porque yo soy esa prima de tu madre, soy tu tia, ven, abrázame, que la misma sangre corre por nuestras venas.

—¡Vd. mi tia! exclamó María asombrada, estrechando en su seno la cabeza de la enferma.

—Eres nuestra prima, añadió D. Lucas, querida María, y ya no serás tan desgraciada, pues tienes una familia que te protegerá.

—¡Oh! sí; soy muy feliz en pertenecer á tan nobles personas.

—Y bien, querida María, mi más ardiente deseo es hacer tu felicidad; escúchame, hija mía, el proyecto que tengo formado.

—Los tres se agolparon en torno de la enferma, y esta, tomando una postura cómoda, les habló de esta manera:

—Me habeis dado, hijos míos, vuestra palabra de hablarme con franqueza en el asunto que voy á tratar, y solo llevo por objeto haceros felices. Así, pues, decidme, ¿amáis á María?

Quedaron en silencio los jóvenes, y María bajó la cabeza ruborizada. Doña Narcisa continuó:

—¿Nada me respondeis? Bien, tomo vuestro silencio por asentimiento, y él me confirma en la idea que tengo formada hace algun tiempo; pues no se ha escapado á mi penetracion maternal que en las miradas que mis dos hijos solian dirigir á su prima habia más amor que indiferencia. ¿Me he engañado?

—No, señora, contestó D. Luis.

—Luego, bien, ¿tú la amas, Luis? ¿Pero ese amor es puro y noble y con santa intencion, ó es como tú acostumbras á amar?

—Madre mía, tiene usted tan poca confianza en mí, que seria en vano...

—No vayas á mentir, Luis, le interrumpió su madre: en esta noche solemne, y que quizás sea la última de mi vida, quiero que me digais la verdad sin ningun género de fingimiento. Conque así, dime, ¿tu amor es sincero?

—Permítame Vd. que calle.

—Muy bien, señorito, calle Vd. lo que guste, pues que yo he penetrado su pensamiento nada moral.

—No vaya Vd. á formar un mal juicio de mí, porque yo suplico á María que olvide todo lo pasado, y benigna y generosa me conceda su mano, que yo seré el más feliz de los hombres siendo esposo de mi noble y virtuosa prima.

—Bien, bien, ya hablaremos de eso. Y dirigiéndose á D. Lucas, le interrogó de esta manera:

—Y tú, hijo mio, que abrigas un corazon tan generoso, ¿le has sentido palpar con la misma intencion que el de tu hermano?

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

Al finalizar la última temporada cómica suspendimos estas revistas, en que semanalmente y con la brevedad posible, dábamos una idea á nuestros lectores de las obras más principales que se presentaban en la escena española: hoy abrimos esta seccion impulsados por el deseo de apreciar alguno de los trabajos de la compañía italiana, que, teniendo al frente á la incomparable actriz señorita Carolina Civili, actúa en el coliseo de Variedades con aplauso y contentamiento de los amantes del arte dramático.

La aparicion de esta actriz en nuestra escena es un verdadero acontecimiento, y nos complacemos en consignarlo así, hoy que escasean aquellos tanto en el teatro, sometido desgraciadamente á las condiciones de una vida estéril é infecunda. La naturaleza, raras veces pródiga con los artistas, hasta el punto de concederles una perfeccion universal, ha dotado abundantemente á la señorita Civili de facultades privilegiadas para la escena, en tales términos, que es imposible á la pluma bosquejarlas, sin experimentar una emocion de asombro, y sin sentir embargado el ánimo por un afecto de suprema admiracion.

A la presencia y majestad de la Adelaida Ristori, á su viril energía para calzar el coturno trágico, reune la señorita Civili aquel especial discernimiento, aquel estilo, aquel buen gusto de la Carolina Santoni para desempeñar el drama y la comedia; distinguiéndose además por una delicadeza de sentimiento instintiva en ella, que es la que en nuestro concepto la presta realce más superior.

A medida que la hemos visto recorrer en todas direcciones la senda de la dramática, ha sido mayor nuestra sorpresa, no sabiendo qué admirar más, si la facilidad que ha demostrado para ejecutar ciertas transiciones, ó la portentosa habilidad que despliega en cada género aislado. Concebimos que un artista, á fuerza de estudio y de constancia pueda llegar á

caracterizar con alguna propiedad las obras de Sófocles y de Eurípides, de Sakspeare y de Racine: el que esto consiguiera sería apellidado un gran artista; pero aquel que, además de haberse familiarizado con los principales autores trágicos, lo consiguiera á la vez con los cómicos, pudiendo representar de igual manera un drama del poeta Alfieri, que una comedia de Cárlos Goldoni, sería apellidado génio. Este prodigio es el que realiza maravillosamente la señorita Civilí.

Es actriz de corazon y de sentimiento: en su frente resplandece la fé pura y nobilísima de un númen misterioso, álveo fecundo de esas manifestaciones del arte que seducen al alma con su deslumbrante hermosura: alienta en su corazon esa esperanza santa que acompaña al artista en su fatigosa peregrinacion, recompensándole todas las amarguras que recibe, haciéndole gustar 'el néctar de las alegrías más candorosas, y ofreciéndole siempre en lontananza un horizonte risueño, donde columbra la gloria revestida de ardientes destellos de belleza. Es esta aquella esperanza que describe tan bien Petrarca en estos dos últimos versos de uno de sus más célebres sonetos:

E, se non ch' al desio cresce la speme

Y' cadrei morto ove piú viver bramo.

En cuantas obras hemos tenido ocasion de admirar á esta distinguida actriz, hemos experimentado idénticas emociones de estupor y de asombro: su figura llena la escena: en su voz hay algo de la antigua eufonia sagrada: las vibraciones de su acento parecen enclavarse en el fondo del corazon conmoviendo todas sus fibras sensitivas: el ideal de la belleza parece corporalizarse en ella, y acabada la representacion de las obras en que toma parte, parece uno salir de un letargo indefinido, de un desvanecimiento vertiginoso, que ha subyugado todas las potencias del alma al encanto fascinador de un sortilegio.

Ya no es solo el hermoso idioma italiano el que emplea la señorita Civilí para representar en la escena las creaciones más gigantescas del arte dramático: ha aprendido el habla castellana con tal perfeccion, que, á juzgar por las obras en que la hemos visto debutar últimamente, puede asegurarse que en nada se diferencia de nuestros compatriotas. Los periódicos han anunciado con este motivo que la señorita Civilí dará algunas representaciones de las obras dramáticas más notables de nuestro reperto-

rio; y hasta habido alguno que ha asegurado figurará de primera actriz en una compañía de las que han de actuar en la Corte la próxima temporada. A ser ciertas estas noticias podemos darnos la enhorabuena. Esta actriz será una adquisicion notable para el teatro español, tan rico y fecundo en producciones dramáticas de primer orden, como escaso en el presente de actores que puedan interpretarlas.

De desear sería que esta distinguida actriz trabajara en union de algunos de nuestros actores que sobresalen mucho en el género trágico. La mayor parte de ellos son desconocidos en la Corte; andan diseminados por las provincias, viven en completa oscuridad, y sin embargo, poseen un mérito indisputable. Solo su mala suerte, ó el empeño injusto que manifiestan las empresas de la Corte de no salir nunca de un círculo vicioso, son las causas eficientes de que vivan relegados. Entre ellos contamos á Delgado, á Jordan, á Iroba y á otros tantos que no han cabido en Madrid, donde tantas nulidades escalan la gloria. *Fiat justitia, ruant cæli.*

L. A. HERRERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de tafetan Pompadour. El bajo de la falda va adornado con una greca de encaje, rodeada de una pequeña franja con bolas, cuerpo escotado, cubriendo el escote una pelerina de encaje guarnecida con la misma franja de bolas. Manga estrecha, cintura redonda con hebilla, sombrero de crin con marabout sobre el fondo y el interior.

Segunda figura. Vestido de tafetan, recortado en festones el bajo, que van cubiertos en las orillas por un viés de tafetan blanco que suben en dos tiras por cada costura, separadas por otra tira con botones que las divide. Paletot corto de la misma tela del vestido, y guarnecido de igual modo. Sombrero de paja con lluvia de yerbas por detrás.

Tercera figura. Vestido de alpaca blanco adornado de viese de tafetan, cuerpo de escote cuadrado, con viese figurando berta. Manga justa, tres viese en la falda y larga cintura anudada por detrás. Camiseta suiza, redecilla con lazo de cinta.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



2516

LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima Nº13 Pral Derecha
Ayuntamiento de Madrid

